

Hugo Berbejillo, *Una cinta ancha de bayeta colorada*. Desandanzas del Goyo Jeta Montevideo, Ed. Proyección, 1993, 273 páginas.

La apertura democrática del Uruguay en 1985 desató la escritura de un corpus, ya notable, de novelas históricas que indagan el problema de la identidad nacional a través de la revisión del pasado. Algunas de ellas, como *¡Bernabé, Bernabé!* (1989) de Tomás de Mattos; *El príncipe de la muerte* (1993) de Fernando Butazzoni; *El archivo de Soto* (1993) de Mercedes Rein y *Una cinta ancha de bayeta colorada* (1993) de Hugo Berbejillo, comparten semejantes inquietudes: los crímenes, traiciones y barbaries cometidas en el siglo pasado. Quizás resulten un intento por buscar en la historia en origen que explique las recientes dictaduras militares de la década de los 70 en el cono sur.

Dos momentos históricos se yuxtaponen en *Una cinta ancha...* a modo de contrapunto que va marcando los cambios y transformaciones que van de una a otra época. El periodista Gaspar Salamanca aparece en la casa montevideana del General Gregorio Suárez, el Goyo Jeta, en pleno gobierno de Latorre (1879), dispuesto a iniciar una entrevista que le permita escribir la biografía de aquél. El presente de la conversación está marcado por la situación política del viejo caudillo, ahora encerrado en su casa y custodiado por los sicarios del Presidente. Desde este presente se recuperan los hechos históricos, la gesta caudillista, las guerras civiles, los motines y traiciones de las décadas inmediatamente anteriores.

Parodi y el Goyo Jeta representan ambos momentos históricos, con su filiación a dos sectores disímiles dentro de la sociedad uruguaya —hombre de negocios y finanzas / caudillo—, con su pertenencia a diferentes espacios —Montevideo y la campaña—, y con sus diversos modos de vida ideales, personalidades e intereses. El texto abre su primer capítulo con el motín de Montevideo (1875), luego del cual el coronel Latorre se adueña del poder inaugurando una nueva época. La casta militar, personera de los sectores prominentes del comercio y las finanzas montevidéanos y de los latifundistas de la campaña, sienta las bases de un poder centralizado, el del Estado moderno, único capaz de asegurar, a su juicio, la paz que estos sectores solicitaban para que la modernización del país estuviera a la altura de los reclamos de los intereses extranjeros. Este es el presente que, desde su ventana observa el Goyo Jeta y que Salamanca se ocupa de señalarle: “Las barrigas prominentes de los comerciantes de ultramar, los nuevos dobles apellidos compuestos (...) las nuevas recepciones sociales en las casas quintas del Prado”, cambios que repercuten en la campaña en vías de modernizarse: “los animales de raza (...) las estancias, general, ya no tienen peonada que levantar a punta de lanza al, grito de la divisa (...) Ya se pudrieron los huesos de los últimos gauchos de vida alzada”. Fueron obra de Latorre las medidas que implementaron estos cambios: “Y ya el país tiene una autoridad central general” (p. 14), “El alambrado de los campos y la Ley de Abigeato y el Código Rural”. Presente de Latorre que clausura el poder de los caudillos, sus valores y sus luchas, convirtiendo el pasado de Gregorio Suárez en un “museo”.

En torno a la figura del Goyo Jeta se desanuda la historia de las guerras civiles, con sus principales actores, desde Oribe y Ribera, Venancio Flores, César Díaz, Anacleto Medina, Leandro Gómez, Timoteo Aparicio, junto a la presencia de argentinos, brasileños, paraguayos e ingleses. Los sucesos se suceden unos a otros, Arroyo Grande, Quinteros, La Cruzada Libertadora, Paysandú, la guerra de la Triple Alianza contra Paraguay, en fin, los motines, levantamientos, pactos, intentos fusionistas y reacciones, asesinatos, que signaron la historia de las luchas sangrientas.

Estas dos fuerzas históricas, que articularon los principales sucesos del Uruguay de entonces, se van tejiendo paralelamente a lo largo de la novela desde su mismo inicio. Con un “Estado débil”, en un país dividido entre Montevideo y la campaña —“no un país sino una endeble suma de islas de poder”, Parodi y Gregorio Suárez comienzan, de modo paradigmático, a diseñar su propio poder. Parodi, “flojo” para la guerra, comienza su carrera en Montevideo con “su escritorio y su tintero”; carente de escrúpulos, asciende vertiginosamente en la escala social a través de la especulación con certificados de sueldos, comprando títulos de Deuda del Estado, acaparando tierras fiscales e iniciándose en variados negocios. Modos del ascenso de la clase financiera y comerciante que fue adquiriendo poder a través de las instituciones comerciales, el dinero, la Bolsa, los recientes Bancos, la especulación financiera y el usufructo de los dividendos que las guerras permitían sin el costo de ensuciarse las manos en el frente de batalla.

Gregorio Suárez marca las pautas de su ingreso al poder según las normas de la campaña, coloca una pulpería en su pueblo natal, institución privilegiada como centro de la formación del caudillo y su gente: “Usted ha de saber: pulpería en poblado: acreedor de muchos y sabedor de vidas: hombre respetable, prestamista a veces. Y en aquella época caudillo local quería decir Jefe Político, con apoyo de la gente principal” (p.46). Desde allí emprende su gesta caudillista.

Mientras unos hacen la guerra sangrienta; los otros, su fortuna usufructuando de la situación. A modo de ejemplo: se prepara la guerra de la Tripe Alianza contra Paraguay y Parodi —¿parodia de la guerra?— recién nombrado proveedor del Ejército, confecciona trajes y carpas de campaña: “Guerra, dicen, Parodi, ahora. Y entonces Parodi hace entrar un pequeño ejército de costureras señoritas” (p. 124). En varias ocasiones Parodi reitera, en clave paródica, sucesos acaecidos a Gregorio Suárez.

Pero este contrapunto Montevideo/campaña tiene un semejante denominador común que los emparenta en la misma barbarie cometida, aunque con diferente lenguaje. Mientras Parodi, según cuenta su esposa, “desflora” a su patria “qué habrá que Parodi no haga, no viole, no adultere ni desmerezca: la Patria niña, desflorada” (p. 172); el brutal Doroteo Meireles, el Pardo, al servicio del Goyo Jeta, viola literalmente a la hija de Baz. Gregorio Suárez imagina su acceso a la Presidencia a través de la posesión sexual de una joven que se desvanece y “al salir me mostraba las nalgas grandes y generosas” (p. 222). Puesta en crisis de la consabida distinción sarmientina entre civilización y barbarie, cuya fundamentación se encuentra en un inigualable párrafo de Sarmiento que el texto cita: “es preciso emplear el terror para triunfar en la guerra” (p. 115). La barbarie de la civilización se presenta en Parodi con su bienvenida a la guerra como negocio: “Dios no lo oiga, hombre: la guerra lleva los negocios al carajo; —Se equivoca, mi amigo: no hay negocio más brillante que la guerra” (p. 113).

Pero la historia, más que de pactos entre caudillos y militares, resulta obra, agencia de los intereses comerciales. Aquellos sólo resultan personeros de los capitales de la alta burguesía montevideana y, en última instancia de los intereses ingleses, triunfantes con el gobierno de Latorre. Esta es, quizás, la verdadera historia que queda oculta en los textos, los intereses del dinero obran en el anonimato histórico, al margen de los colores de las divisas o guiando la política con hilos invisibles; mientras los eventos, sucesos, batallan fechas memorables, nombres con los que se narra la historia emergen en la superficie de los textos históricos ocultando sus reales agentes. El periodista Salamanca explica esta lógica del vaivén histórico y sus textos: “Los verdaderos generales se sirvieron de los soldados” como usted para hacer la verdadera historia, que quedó oculta en las cifras de los Libros Mayores y de los Diarios y sobre todo de las cuentas de Pérdidas y Ganancias, y tuvieron la deferencia de permitirles hacer otra historia, la de ustedes, la que servía para que se sintieran útiles —que lo eran y lo son, todavía—, la historia pequeña de las discordias y las batallas, de los pactos y las fechas, de las fotos de uniforme y las plaquetas recordatorias: la historia de museos” (pp. 267-8).

El periodista Salamanca, por momentos casi voz de la conciencia del propio Goyo Jeta antes de su muerte, propone el ángulo de la biografía —“Usted me dirá sus motivaciones”— para encarar la historia, a través de una escena de interiores en la que elige colocarse en un cono de sombra, “lejos de la luz”, marco casi confesional: “su voz será audible sólo para mí con eso basta” (p.12). Ámbito que permite descubrir y describir los aspectos más oscuros y sangrientos de la gesta del Goyo, la historia oculta y silenciada de crímenes y traiciones “porque hay algo para decir para lo que no hay palabras, o tal vez no las hubo pero las puede haber y no pueden decirse (...) tal vez a usted hablara de eso, yo, con mi biografía, terminaría con el silencio” (p. 22). Perspectiva que se aleja de las versiones de la Historia con mayúsculas, “Nada de monumentos ni de óleos”. Pero Salamanca va multiplicando los ángulos de la historia, introduce gacetillas, cartas, partes de campaña, epístolas femeninas, citas de historiadores, diálogos, opiniones diversas cuando un viento sur arrasa los papeles que el General Suárez guardaba con celo y los confunde, mezcla en una superficie que hace visible los diversos puntos de vista sobre el pasado, las razones de blancos, colorados, fusionistas, intransigentes. “No va a haber uniformidad cuando escuche otras voces, las ajenas: no puede haberla —nunca la hubo— pero menos todavía desde la aparición de los cintillos partidarios, desde Rivera y Oribe” (p. 15).

Lejos de una toma de partido, el cruce de diferentes opiniones termina anulando las razones de las divisas en la común sinrazón de las guerras y sus muertos. Dos pivotes históricos, Quinteros y Paysandú, ejemplos de la práctica de blancos y colorados, obedecen a la misma lógica de la traición y la aniquilación.

Las voces vuelven a multiplicarse con la presencia de los muertos, de uno y otro bando, el

Comandante Felipe Frenedoso, Lucas Bergara y las voces que él mismo escucha en el fondo de la bahía, la cabeza que no logran enterrar de Crispulo Sosa, la aparición fantasmal de César Díaz durante el sueño del Goyo pidiendo venganza, el recuerdo de la madre muerta del Goyo, y, finalmente, las manos de los muertos que piden explicaciones, reclaman una justificación por sus muertes al General Gregorio Suárez, las manos de sus propios hombres y enemigos: “Los tuyos también murieron, general: te los están matando (...) mataste a los míos en Soriano (...) y también en Sauce (...) Murieron de los míos, pero también de los tuyos, y la tierra espera, general; siempre espera” (p. 257). Los miles de muertos y degollados en los enfrentamientos, “anónimos para la historia”, entran, sin embargo, en el relato de Salamanca, ya que “los muertos tienen derechos, general: pueden volver cuando quieran, porque no pierden la memoria” (p. 15); y olvidan las banderías: “Colorados, blancos: tanto da: la tierra jamás preguntó la procedencia de la sangre” (p. 267).

Los actuales debates que se iniciaron en el período democrático en torno a la pasada dictadura militar se cuelan en el texto de modo oblicuo, seleccionando aquellos hechos históricos que permiten repensar en clave ciertos temas del presente. Entre ello el militarismo de Latorre se convierte en origen y modelo de los futuros gobiernos militares de América Latina con su imposición de un “orden” que autoriza una praxis de la violencia y del asesinato anónimo. Los cadáveres de los muertos reaparecen para reclamar una explicación y demandar un lugar en la memoria.

Teresa Basile